

# Una obra singular: *La Literatura Científica Griega* de Ignacio Rodríguez Alfageme<sup>1</sup>

Luis GIL

Universidad Complutense de Madrid

Dentro de la ambiciosa «Historia de la Literatura Universal» proyectada por la Editorial Síntesis que dirige Evangelina Rodríguez Cuadros, aparece en el área de Literatura Griega, dirigida a su vez por Antonio Melero Bellido, este volumen, que aplica novedosamente el concepto de «literatura» a los escritos científicos, entendidos como una modalidad de escritura con un registro lingüístico propio y unas normas de estilo adecuadas a la comunicación del pensamiento científico. La obra consta de las siguientes partes: Prólogo (pp. 11-12), 1. Introducción (13-50), 2. Los primeros tratados científicos: orígenes y forma (41-49), 3. La época clásica (51-109), 4. La época helenística (111-129), 5. La ciencia alejandrina: el Museo (131-173), 6. La época imperial (175-223). Siguen los apéndices: Selección de textos (225-234), Índice nominal (235-240), Índice de palabras griegas (pp. 241-245), Índice de Ilustraciones (247-248), Glosario (249-251), Cronologías (253-262) y Bibliografía (263-269).

La mera enumeración del contenido revela que el autor no pretende ofrecer una obra de mera divulgación, sino un genuino manual sobre la materia, útil no sólo para el filólogo clásico y los historiadores de la ciencia y de la filosofía, sino también para cuantos tengan inquietudes intelectuales, aunque desconozcan la lengua griega. El prólogo pone al lector sobre aviso de las dificultades que entraña el considerar la historia de la ciencia desde un punto de vista literario y la Introducción discute el problema del origen de la ciencia, sus relaciones con la técnica y la filosofía, y se ocupa de sus primerizas manifestaciones en los filósofos presocráticos. Como factores que contribuyen al nacimiento de la ciencia griega el autor señala la aparición y difusión del alfabeto, la invención de la moneda y la organización política y jurídica del pueblo griego. Así como las letras del alfabeto, que se aprendían por orden (*stoicheia*), anotaban las unidades mínimas del lenguaje y permitían registrar un número infinito de mensajes, los primitivos pensadores se esforzaron por descubrir los elementos primordiales (también *stoicheia*) que estaban

---

<sup>1</sup> Editorial Síntesis, Madrid, ISBN: 84-9756-211-9, 269 págs.

en la base de la naturaleza. La invención de la moneda, sustituyendo el valor de uso por el de cambio, establecía una escala artificial para valorar las mercancías y obligaba a desarrollar procedimientos de cálculo aritmético. La organización política y jurídica de la polis exigía el debate y obligaba a la demostración de tesis contrapuestas. Aquí sobre todo encuentra el autor prefiguradas las características esenciales del pensamiento griego: «la exigencia de demostración, que es básica para la ciencia, y el procedimiento disyuntivo del pensamiento que obliga a una clasificación dicotómica de la realidad, que se manifestará del modo más dramático en Parménides y en los sofistas» (p.28).

El registro lingüístico en que estos primitivos escauceos científicos se expresaban debía ser sobrio, preciso, objetivo y exento de connotaciones poéticas y afectivas. De ahí que algunos pensadores como Parménides y Empédocles eligieran el hexámetro dactílico ajeno a las efusiones de la lírica, como instrumento que fue de la narración y la literatura sapiencial, y de ahí también que la prosa terminara por imponerse como vehículo de transmisión del pensamiento. Su estilo se caracteriza por la argumentación explícita, la exposición sistemática y el uso de la abstracción (p. 42). Los tratados científicos suelen tener un prólogo en el que se anuncia lo que se va a tratar, una parte central destinada a su desarrollo, y un epílogo, lo que evidencia el influjo en ellos de los discursos forenses con su exordio, tesis, prueba y recapitulación. De esta manera van apareciendo las distintas formas de la literatura científica (p. 43), desde la mera colección y registro de datos (*syntaxis*, *syngamma*, *pinax*), al tratado (*pragmateia*), el discurso (*logos*), el manual (*techne*) y el comentario (*hypomnema*).

Es en el capítulo tercero donde mejor se ejemplifican estos diversos géneros de literatura científica, dedicado como está al desarrollo de las matemáticas, la medicina, la etnografía, los estudios gramaticales, a Platón y a Aristóteles, es decir al período de la historia griega que más abundante número de escritos nos ha legado. Los progresos de las matemáticas, señala Rodríguez Alfageme, están en estrecha relación con la astronomía y los ensayos de solución «de los tres problemas fundamentales de la Geometría: la intersección del ángulo, la duplicación del cubo y la cuadratura del círculo» (p. 54). A Enópides de Quíos se le atribuye la distinción entre teorema y problema, a Hipócrates de Quíos el hallazgo de la cuadratura de las lúnulas (*meniskoi*). La medicina está representada por Eurifonte de Cnidos, célebre por su afición a los cauterios, Heródico de Cnidos, Heródico de Selimbria, Dexipo de Cos y la gran figura de Hipócrates de Cos. De los anteriores, el Anonymus Londinensis, *de medicina*, nos informa de que ponían el origen de las enfermedades en el proceso de la digestión. Eurifonte de Cnidos en la ascensión a la cabeza de los vapores producidos por la retención en el vientre de los residuos (*perissomata*) de la digestión. Heródico de Cnidos, con quien concordaba Heródico de Selimbria, en la ausencia de ejercicio físico que, al impedir la correcta asimilación de los alimentos, originaba dichos *perissomata* y Dexipo de Cos a la intervención en los mismos de la bilis y la flema.

A Hipócrates de Cos, nacido en dicha isla ca. 460 a. C. y fallecido en Larisa entre el 375 y 351, se le atribuyen las 60 obras que componen el *corpus Hippocraticum*, de las que resulta imposible afirmar cuáles son de su autoría. Un núcleo de diez tratados puede atribuirse al siglo V, otro grupo bastante numeroso a éste o al siglo siguiente, un número parecido al siglo IV, y el resto corresponde a épocas posteriores, helenística, romana e incluso cristiana. Se ha pretendido asimismo sobre la base de diferencias doctrinales atribuirlos a la escuela de Cos o a la de Cnido, y de todo ello ofrece el autor una cumplida relación (pp. 62-63, 67). Característico de la medicina hipocrática es la consideración racional de la enfermedad, que como parte de la naturaleza responde a causas naturales, y el llamado 'triángulo hipocrático' cuyos vértices son el médico, el enfermo y la enfermedad (p. 64). Misión del médico es ayudar al enfermo a acabar con ésta como formula el aforismo «servir de ayuda o, al menos, no causar daño» y por lo tanto el diagnóstico y el pronóstico son fundamentales en su praxis. Para ello es precisa la minuciosa observación de todos los síntomas que concurren en el enfermo para identificar el morbo como paso previo a poner los medios necesarios para acabar con él, lo que implica contar con una teoría nosológica previa, elaborada a partir de casos semejantes.

Dentro de la gran diversidad de obras que integran el *Corpus Hippocraticum* hay que establecer una distinción entre las no destinadas a la publicación y las pensadas para su lectura pública ante un grupo reducido de profesionales de la medicina (*technai*, manuales, *pragmateiai*, tratados) o frente a un auditorio más amplio (*logoi*, discursos). Los escritos del primer tipo, como *Sobre las enfermedades internas*, *Enfermedades II y III* y *Sobre las enfermedades de las mujeres*, «comienzan con una condicional que introduce el nombre de la enfermedad y dan a continuación una serie de notas sobre los síntomas, la terapia, la prognosis y la etiología de la enfermedad» (p. 68). El problema que plantean semejantes catálogos es el criterio de su ordenación. Por ejemplo, el autor de *Afecciones* elige la localización en las diferentes partes del cuerpo, cabeza, pecho, vientre, etc. en que se manifiestan las diferentes dolencias. Un género nuevo de escritos médicos representan las anotaciones personales (*hypomnemata*) de las *Epidemias*. Los textos se reducen a lo esencial y las historias clínicas se agrupan de acuerdo con sus características comunes que registran los fenómenos constantes en todos los casos particulares (las llamadas 'constituciones', *katastaseis*). Desde el punto de vista estilístico se ha de señalar la economía en la expresión (omisión del verbo, de conectivas, cambios de sujeto) y la sintaxis laxa (falta de concordancia, uso del participio en lugar del infinitivo). «Muchas de estas anomalías —señala el autor— son fórmulas que se repiten frecuentemente y, por ello, han de considerarse propias del lenguaje técnico» (p. 71). Fórmulas también son los 'aforismos' (sentencias que tocan todos los aspectos de la medicina), formalmente caracterizados por los recursos retóricos adecuados a la memorización de su contenido (antítesis, repeticiones, paralelismos etc.).

Las conferencias (*logoi*) destinadas a un público más amplio ofrecen un carácter polémico y una estructura que recuerda la de los discursos forenses. Los tratados *Sobre la medicina antigua*, *Sobre el arte*, *Sobre los vientos* pertenecen a este grupo. El primero consta de un proemio en el que se enuncia la tesis que se va a defender, al que sigue la demostración, en cuatro partes, de que la medicina antigua es superior a la nueva. El *Sobre los vientos* comienza con la enumeración de los principios de la medicina y la formulación de la tesis de que todas las enfermedades obedecen a la misma causa, a la que sigue la demostración de que dicha causa es el aire.

Junto a los tratados técnicos y los discursos polémicos hay un conjunto de tratados teóricos en los que Rodríguez Alfageme distingue dos grupos, un primero (*De genitura*, que forma parte del *De natura pueri*) que conserva la impronta del estilo oral, especialmente las repeticiones de la composición anular, y un segundo, más cuidado en su elaboración, que muestra los rasgos de la composición escrita, como el *Sobre la enfermedad sagrada*, que consta de proemio, argumentación y epílogo. El proemio enuncia la tesis «no hay ninguna enfermedad más sagrada que las otras». La argumentación demuestra la impiedad de los purificadores, se ocupa de la sintomatología y causas de la epilepsia, así como del cerebro y sus enfermedades. El epílogo recuerda la tesis principal y resume los puntos principales de la argumentación.

Pese a radicar en Cos y Cnidos, ciudades dóricas, todos los tratados médicos están escritos en jónico, la lengua literaria de prestigio en la época de Hipócrates. Propio de ella es la tendencia a la abstracción, visible en la substantivación de adjetivos, los sufijos de acción (-*sis*) y resultado (-*mos*), la abundancia de compuestos etc. Desde el punto de vista sintáctico predomina el uso de la tercera persona y destaca la abundancia de oraciones nominales.

El resto del capítulo tercero presta más atención a los aspectos de contenido que a las técnicas de su transmisión, y ello es lógico, ya que las características literarias del género científico se han expuesto en sus rasgos esenciales en los capítulos anteriores. Se pasa aquí revista a las primeras especulaciones sobre el lenguaje de los sofistas, de Platón y de Aristóteles; se discute la actitud de Platón ante la ciencia y las aportaciones de sus discípulos a la geometría (Teeteto), astronomía (Eudoxo de Cnidos y Heraclides Póntico), a la lógica, física, «meteorología», psicología y biología (Aristóteles). En la búsqueda de la verdad, sostiene el autor, Platón recurre a «lo que hoy llamaríamos una labor de equipo» (p. 88), es decir a la confrontación coloquial de pareceres, a la dialéctica o arte de dialogar. Estima (p. 98) que el rasgo fundamental del pensamiento de Aristóteles es la clasificación de la realidad en ámbitos diferenciados ontológicamente a los que corresponden ciencias específicas, cuya disposición material se organiza en «cursos» (*methodoi*), que a su vez se articulan en «tratados» (*pragmateiai*), cuya estructura formal consta de una introducción donde se expone su plan general que se va desarrollando después por partes. «Cada parte viene separada por un enlace de cie-

re y en las divisiones mayores aparece una recapitulación» (p. 103). Escritas con lo que podríamos llamar el grado cero del estilo, las obras de Aristóteles se caracterizan por un lenguaje claro y conciso, en el que abundan los neologismos, los medios propios de la expresión abstracta, y la estructura sintáctica en anacoluto.

La época helenística considerada en el capítulo 5 (de la muerte de Alejandro Magno, 323 a. C. a la conquista de Egipto por Roma, 31 a. C. ) se caracteriza por un fenómeno de globalización cultural semejante en cierto modo al de nuestros días: la civilización griega se difunde en los territorios de Asia y África y al propio tiempo recibe influjos de las culturas locales. Es el momento de la creación de grandes bibliotecas donde se recoge el legado del pasado: en Pela, Antioquía, Ponto, Éfeso, Rodos, Halicarnaso, Corinto, y sobre todo en Alejandría (el Museo) y en Pérgamo. La transmisión oral cede definitivamente el puesto a la escrita. Paralelamente se forman escuelas filosófico-científicas entre las que destaca en Atenas el Liceo fundado por Aristóteles, «el punto de origen de la ciencia moderna» (p. 114). Miembros de esta escuela fueron el teórico de la música Aristóxeno de Tarento, Dicearco de Mesina, Eudemo de Rodos, Clearco de Solos, Fancias de Éreso, Demetrio de Falero y el gran Teofrasto, autor de los dos primeros tratados botánicos de la historia, la *Historia plantarum* y el *De causis pantarum*. El primero se inicia con una introducción donde se describen las partes de las plantas (raíz, tronco, ramas, hojas, flor y fruto) y se anuncia el plan de la obra siguiendo la clasificación del mundo vegetal en árboles, arbustos, matas y hierbas. Los diversos libros que lo componen «están separados mediante enlaces de abertura y cierre, de forma que la colección de datos no es una mera lista o enumeración. Incluso en el libro VII se anuncia que la obra finaliza en el libro siguiente» (p. 117), lo que permite concluir que el libro IX no forma parte de ella, sino que está constituido por otros dos tratados del mismo Teofrasto: *Sobre la savia* y *Sobre las virtudes de los simples*. El tratado *De causis plantarum* (6 libros) trata de la reproducción de las plantas, del influjo el medio en su crecimiento y de su aprovechamiento, siguiendo «la pauta marcada por Aristóteles al separar la descripción y la clasificación de las plantas de la explicación de los fenómenos descritos, es decir, sus causas y su función» (p. 117).

Rodríguez Alfageme otorga un lugar especial a los *Caracteres* del mismo autor, se ocupa de Estratón de Lámpsaco, el sucesor de Teofrasto en la dirección del Liceo, que dedicó su atención a los problemas del movimiento de los cuerpos y que probablemente sentó las bases para el experimento de Herón de Alejandría para comprobar la existencia del vacío. Dedicó buena parte del capítulo a la medicina de este período, en el que se realiza la compilación del *Corpus Hippocraticum* y se cultiva el estudio de la anatomía. Describe las señas de identidad de las diferentes 'sectas' o escuelas médicas de la época, la metódica, la dogmática, la empírica y la pneumática, y se ocupa con cierto detenimiento de las principales figuras de cada una: Diocles de Caristo, el primero en escribir un tratado de anatomía; Praxágoras de Cos, que aparte de los cuatro humores

postuló la existencia de fluidos de índole diversa; Herófilo, que practicó por primera vez la disección y la visección como paso previo para la descripción anatómica y estableció diferentes tipos de pulsos; Erasístrato que también practicó la disección y la vivisección y realizó diversas descripciones de órganos, y Apolonio de Citio, de quien nos ha llegado completo un tratado *Sobre las Articulaciones de Hipócrates*. Este último autor y Diocles de Caristo abandonan el jónico y escriben en el ático de su época (*koiné*). El capítulo acaba con Nicandro de Colofón, que retoma el hexámetro en sus *Theriaca* y *Alexipharmaca*. Trata el primero, con una estructura un tanto compleja, de las serpientes y animales venenosos, así como de los remedios contra sus picaduras. El segundo muestra una composición más sencilla. Tras un proemio se enumeran 21 venenos y se ofrece el antídoto a continuación. «La intensidad poética se concentra en la descripción de los síntomas propios de cada veneno. También aquí los dos últimos versos contienen la firma del poeta» (p. 130).

Con buen criterio, dentro de la época helenística, el autor dedica el capítulo 5 a tratar de la actividad científica desarrollada en torno al museo de Alejandría. Atención especial dedica a Euclides, de cuyos *Elementos* que reúnen «en forma coherente y sintética todo el saber [ geométrico] de su tiempo» (p. 135) se ocupa ampliamente. Comienza dicha obra con las definiciones de los conceptos fundamentales, los postulados y los axiomas, presentando en seis partes la formulación de los teoremas y de los problemas: presentación (*protasis*), exposición (*ekthesis*), definición (*diorismos*), construcción (*kataskheue*), demostración (*apodeixis*) y conclusión (*symperasma*), lo que tras poner un par de claros ejemplos, explicita Rodríguez Alfageme en p. 139. También es amplia la atención que dedica a Arquímedes (al que ya es hora que comencemos los helenistas a llamarle con propiedad Arquímedes) no sólo en sus hallazgos teóricos como el célebre principio, sino en sus inventos técnicos como el tornillo o la esfera armilar. Termina la parte referente a la matemática y la geometría con las *Secciones cónicas* de Apolonio de Perge, cuyos cuatro primeros libros se conservan en lengua griega y los cuatro restantes en traducción árabe.

Inicia la parte consagrada a la astronomía Hipsicles, como matemático y astrónomo que fue. Le siguen Autólico de Pítane, que entre otras cuestiones discutió el problema de las variaciones en el brillo de los planetas; Arato de Solos que divulgó en el verso heroico de sus *Fenómenos* los conocimientos astronómicos de la época; Aristarco de Samos conocido por su teoría heliocéntrica, e Hiparco, de quien se conservan sus *Comentarios a los Fenómenos de Arato y Eudoxo*. Y a propósito de Hiparco se nos advierte de que no se conserva ningún fragmento de su obra «dedicada a la precesión de los equinoccios, que descubrió a raíz de la observación de una supernova» (p. 159). En su loable afán de concisión, Rodríguez Alfageme martiriza esta vez al lector ignaro en astronomía, ya que en el útil glosario de la obra que reseñamos no figura el término 'precesión', aunque sí el de 'equinoccio'. El Diccionario de la Real Academia le puede

sacar de dudas en lo referente al sintagma de marras, pero le deja completamente *in albis* en lo tocante a 'supernova'. Cierra la parte relativa a la astronomía Gémino, cuya *Introducción a la Astronomía* va seguida de un calendario de dudosa autoría «que incluye los meses zodiacales con su tiempo atmosférico y las estrellas propias de cada uno de ellos» (p. 161).

La sección dedicada a la geografía va precedida de una introducción en la que se exponen los precedentes de la época clásica. Figura entre ellos el mapamundi de Anaximandro que representaba la tierra «como un círculo plano rodeado por el mar y partido por dos vías de agua que se cruzan en dirección Norte-Sur (Nilo) y Este-Oeste (Ponto Euxino, Columnas de Hércules)» (p. 161) y el descubrimiento del heliótropo o *gnomon* para medir con precisión la sombra equinoccial, «que requiere calcular el punto medio del arco que señalan los dos puntos meridianos solsticiales», lo que permite, una vez obtenida la sombra equinoccial, «determinar la posición del ecuador y, en consecuencia, la posición de cualquier punto en la superficie de la tierra con respecto al ecuador, es decir, la latitud» (*ibid.*). A esto debe añadirse la concepción parmenidea de la tierra como una esfera, la de su inmovilidad (Demócrito) y la de su división en zonas propuesta por Eudoxo, que elaboró un nuevo mapamundi localizando las ciudades mediante la inclinación de los rayos solares en cada una de ellas. Son estos los antecedentes que le permitieron a Eratóstenes escribir su tratado *Sobre la medición de la Tierra* en el que calculó la circunferencia del meridiano que pasa por Alejandría y Siene (Asuán) con bastante aproximación a la medida real y componer sus *Geographica* en los que hacía una división de la tierra en 7 zonas de acuerdo con sus características etnológicas, botánicas y zoológicas y presentaba un nuevo mapamundi. De los múltiples aspectos que ofrece la figura de Posidonio Rodríguez Alfageme destaca su importancia para la historia de la medicina, ya que por medio de su discípulo Ateneo de Atalía se difundió la teoría pneumática y la distinción en la teoría patológica entre causa cohesiva (*synektikon*), initiva (*prokatartikon*) y antecedente (*proegoumenon*), así como para la geografía. Se ocupó también de la medición de la circunferencia de la tierra y recogiendo la división eratóstenica de la tierra en zonas estableció sus zonas climáticas, calculando que cada grado de inclinación (*klima*) equivalía a 500 estadios.

El capítulo concluye con el estudio de la gramática y la lexicografía. Rodríguez Alfageme señala que escuela estoica se ocupó en principio del lenguaje desde el plano de la significación, debatiendo el problema de su anomalía (palabras iguales designan cosas diferentes y palabras diferentes cosas iguales) o de su analogía (existe una correspondencia entre las cosas y sus denominaciones), pero luego también de su estructura, descubriendo las categorías del género y caso nominal así como la del tiempo en el verbo. Diógenes de Seleucia, discípulo de Crisipo, distingue entre los sonidos articulados las vocales de las consonantes y las cinco partes del discurso nombre (*onoma*), pronombre (*prosegoria*), verbo (*rema*), conjunción (*syndesmos*) y artículo (*arthron*). Con

estos precedentes Dionisio Tracio compone su *technē grammatike*, «una obra breve escrita en el estilo de los manuales matemáticos, como una serie de proposiciones sin más trabazón que el tema tratado y una estructuración muy fuerte [...] La comparación con los *Elementos* de Euclides sitúa ambos manuales en una misma tradición, aunque en el caso de la Gramática la íntima relación que existía en origen entre ambas materias hace suponer que su estructura procede de los tratados de lógica» (pp. 170-171).

La Lexicografía nació de la necesidad de entender los poemas homéricos en cuya lectura se iniciaba a los niños a leer y escribir. Las *Glosas homéricas* de Zenódoto de Éfeso y los trabajos lexicográficos de Eratóstenes de Cirene se han perdido, y de las *Glosas* de Aristófanes de Bizancio (colección de palabras desusadas cuya significación se ilustraba con textos antiguos) sólo se conservan unas *Glosas áticas* y unas *Glosas laconias*. De Apolodoro de Atenas se tiene noticia de que escribió unas *Etimologías*, asimismo perdidas.

De la época imperial (desde el 31 a.C. a la caída del imperio romano) se ocupa el capítulo 6, el más amplio de la obra. Comienza con la geografía, dando a los *Comentarios geográficos* de Estrabón la importancia que tienen por los datos que ofrecen tanto sobre la geografía física, como la humana y las actividades económicas de los países que describen. Trata a continuación de las aportaciones a las matemáticas de Nicómaco de Gerasa, Diofanto de Alejandría y de Herón de Alejandría, que supo aplicar los cálculos matemáticos a la construcción de artefactos como la *dioptra*, una especie de teodolito, máquinas de guerra (catapultas) e ingenios basados en la presión y la fuerza de succión del aire y del agua, que describe respectivamente en sus tratados *Peri dioptras*, *Belopoiica* y *Pneumatica*. De Papo de Alejandría se nos recuerda que gracias a su *Colección* (*Synagoge*) conocemos la descripción de la *cuadratriz* atribuida a Hipias de Élida. Con esto queda desbrozado el camino para historiar la astronomía que comienza con el tratado *Sobre el movimiento circular de los astros* de Cleomedes, nombre que escribe correctamente el autor (a diferencia de Arquímedes donde se ha dejado llevar por la incorrecta transcripción habitual). Y lo mismo ha de decirse de Ptolomeo, al que ya es hora que acostumbremos a la gente los filólogos clásicos a llamar correctamente Ptolemeo, para que la relación etimológica con *ptolemos/polemos* de su nombre no se pierda. De la excelente exposición que hace Rodríguez Alfageme de las obras de este autor echo en falta la aclaración del término árabe *Almagesto* con el que es conocida su *Mathematike syntaxis* en todo el mundo. Dadas sus proporciones se la llamó en la Antigüedad la *megale* o *megiste syntaxis* y de ahí su versión como *Almagest* por los astrónomos árabes.

La medicina del período imperial está caracterizada por un lado, por la existencia de escuelas rivales o sectas (la empírica, la metódica y la neumática) y por la especialización. Rodríguez Alfageme las caracteriza en sus rasgos esenciales y centra su atención en los principales representantes de cada una. A la metódica pertenece Tésalo de Tralles, que a las cuatro *koinotetes* o estados comunes de todas las enfermedades (*strictura*, *solutio* y *complexio*) reconocidos por la secta añade otras cuatro 'comunidades' quirúr-



gicas. También fue metódico Sorano de Éfeso, autor de un extenso tratado de ginecología (*Gynaikeia*), entre otras obras. Sorano escribe en una lengua culta en la que abundan los aticismos, los compuesto poéticos y los arcaísmos sintácticos como el uso del dativo, el infinitivo y el optativo. Rodríguez Alfageme atribuye a cultismo la abundancia de sustantivos verbales en *-ia*, *-ma*, *-mos*, *-sis*, *-sia* que denotan estado. Yo creo más bien que derivan de la exigencia misma de crear una terminología médica especializada. Areteo de Capadocia pertenece a la escuela pneumática. Para él el *pneuma* es lo que mantiene unidas las cualidades primordiales (calor, frío, húmedo y seco). La mezcla equilibrada de todas ellas, la *eukrasia*, es la base de la salud, el predominio de alguna sobre las demás, la *dyskrasia*, es el origen de la enfermedad. Areteo vuelve a la antigua tradición y escribe en jónico. Arquígenes de Apamea, probablemente, y Rufo de Éfeso no se adscriben a ninguna de las sectas mencionadas y adoptan una actitud ecléctica. Del primero sólo se conservan fragmentos, del segundo nos han llegado tres obras importantes: *De corporis humani appellationibus*, sobre las enfermedades del riñón y la vejiga, y las *Quaestiones medicinales*. Rufo escribe en el ático artificial de la época y usa con frecuencia «adjetivos comparativos sin el segundo término de la comparación y superlativos elativos» (p.200).

Dioscórides legó con su *De materia medica* el tratado farmacológico más importante de la Antigüedad. Se trata de una compilación de medicamentos de origen vegetal, animal y mineral en cinco libros en la que resulta difícil averiguar el criterio seguido por el autor en su composición. Rodríguez Alfageme estima que los clasifica en grupos que comparten alguna similitud (p.e. las plantas aromáticas, los árboles, los cereales etc.), encabezando cada uno de ellos la planta más significativa, y disponiéndose los demás según el grado de intensidad en que compartan la misma cualidad. Pasa el autor una rápida revista a Alejandro Filaletes, a Apolonio Mión, autor también de un tratado de farmacología, *Sobre los remedios comunes*, a Demóstenes Filaletes que compuso un tratado de oftalmología (*Ophthalmicus*) y se detiene algo más en el *Anonymus Londinensis*. Está dividido este interesante tratado en tres partes: la primera se ocupa de definir algunos conceptos de la medicina (*diathesis*, *pathos*, *psyche*, *nosema*, *arostema*, *nosos* y *arrostia*), la segunda reúne las opiniones (*doxai*) de veinte autores sobre la etiología de las enfermedades, y la tercera expone la evolución de las teorías fisiológicas desde Herófilo a Alejandro Filaletes.

A Galeno dedica nuestro autor el que a nuestro juicio es el mejor estudio de esta obra. La introducción biográfica nos muestra las distintas fases de su formación en medicina y filosofía, su actuación en Pérgamo como médico de gladiadores y sacerdote del templo de Asclepio, su estancia en Roma y sus contactos con la clase senatorial, su etapa de médico áulico con Marco Aurelio, y por último la parte final de su vida dedicada a la escritura. El que en el incendio del templo de la Paz en 191 pereciera su biblioteca, le indujo a redactar un catálogo de su producción científica, en el que agrupa sus

tratados por materias: anatomía, terapéutica, pronóstico, diagnóstico y comentarios a Hipócrates. Una enumeración que, aunque recoge obras perdidas, es incompleta, como demuestra la lista completa de los escritos galénicos que se encuentra en pp. 214-215, que a los grupos anteriores añade obras de filosofía, de filología y autobiográficas.

En el apartado dedicado al pensamiento de Galeno, Rodríguez Alfageme señala su reacción contra la especialización de la medicina y el aislamiento del médico en la praxis rutinaria. El médico ha de ser a la vez filósofo y basar su acción terapéutica en una teoría, aunque debe contrastar ésta con la experiencia. Galeno reivindica para el médico un lugar central en la sociedad y «considera la medicina un instrumento cultural de primer orden» (p. 209). Las formas literarias de sus obras son: el tratado que comienza con un breve prólogo donde se define el objeto de estudio y los conceptos de que se va a tratar (p.e. *Sobre las crisis*), «la personalización del discurso mediante la mención del destinatario» (p. 210) lo que lo aproxima al género epistolar (*Ad Glauconem de medendi methodo*), el discurso con gran carga de elaboración retórica (*Protréptico*), el diálogo (*De praenotione*). Galeno escribe en el ático de la segunda sofística, aunque a veces se le escapan formas de la *koiné* de su época, o incurra en hiperaticismos.

La parte dedicada a la medicina del capítulo VI acaba en Oribasio. Médico de Juliano el Apóstata y seguidor de su política de restauración del paganismo, persigue con sus escritos dos fines: la compilación del saber médico precedente y su divulgación entre capas de población más amplias que las estrictamente profesionales. A lo primero responden las *Collectiones medicae* en 70 libros, de los que sólo se conserva una tercera parte, y a lo segundo la *Sinopsis a Eustacio* (en 9) y la más breve aún *Sinopsis a Eunapio* (en 4). Oribasio tiene buen cuidado en citar sus fuentes lo que hace de su obra un testimonio importante para la historia de la medicina.

El autor pone fin a su trabajo ocupándose de los estudios sobre el lenguaje en los que ocupa un lugar principal la lexicografía, como era lógico en una época en que la diglosia entre la lengua popular y la lengua culta amenazaba con la ruptura total con el legado cultural del pasado. En los estudios propiamente gramaticales destaca el interés por la morfología (Filóxeno de Alejandría), la sintaxis (Apolonio Díscolo) y la prosodia (Trifón de Alejandría, Herodiano). Por lo que respecta a la lexicografía, debe advertirse que no logra establecer una frontera clara entre el diccionario propiamente dicho referido al significado de las palabras y la enciclopedia cuyo referente son los *realia*. Por estas páginas finales desfilan los mencionados gramáticos y los lexicógrafos Erotiano, especialista en el vocabulario hipocrático; Frínico, el colector de palabras áticas; Harpocración, que reunió las *Dicciones de los diez oradores*; Pólux que compuso su *Onomasticon* clasificando el caudal léxico por temas y aportando información muy valiosa sobre *realia*; los aticistas Meris y Oro de Alejandría, y Hesiquio de Alejandría que compuso en orden alfabético el léxico más amplio que nos ha legado la Antigüedad.

Después de la parte expositiva paso ahora a la crítica. La obra está elegantemente presentada, sobriamente escrita y acompañada de láminas que 'ilustran' adecuadamente el texto, aunque hay algunas de relleno, como el Auriga de Delfos, el Discóbolo de Mirón etc. que por no venir a cuento pudieran suprimirse y cambiarse en futuras ediciones por otras pertinentes al contenido. Tan sólo opondría alguna objeción a la manera de presentar los títulos de las obras griegas y a ciertas traducciones. Respecto a lo primero existen incongruencias subsanables, unas obras se citan en traducción española, otras en su versión latina. Sería conveniente que en todas figurase la traducción castellana y el título original en griego. En cuanto a las versiones, en la pág. 47 yo hubiera redactado «de la hipotenusa (*hypoteinousa*, 'lado que se tiende') y no «del lado que se tiende (*hypoteinousa*)», ya que el hispano-hablante desde la más tierna infancia visualiza la 'hipotenusa' en el cuadrado, mientras que 'lado que se tiende' no le evoca nada. En la p. 93 μονογενής no ha de trasladarse por 'único', sino por 'unigénito'. En la p. 104 no es correcta la versión de *ousia* por 'propiedad'. Bien es verdad que el LSJ vierte el término por «That which is one's own, one's substance, property», pero 'propiedad' no es la exacta equivalencia ni del término inglés 'property', ni del término griego. En cambio la tradicional versión escolástica 'esencia' como 'aquello que le hace a un ser ser lo que es' se ajusta mejor al contexto. Asimismo *entelecheia* no es propiamente 'actualidad', sino el hecho de estar en acto y no en potencia, de ahí que en lugar de «la propiedad es actualidad (*entelecheia*)» sería preferible «la esencia es actualización».

Pese a la pulcritud del autor, se ha deslizado algún descuido en la redacción debido al uso del ordenador («caso contrario que Platón» por «de Platón», p. 98, la «iniciación, la escritura» por «iniciación en», p. 172) y algunas erratas en el texto castellano (nos desdeñable, p. 38, planeas por planetas, p. 96, Filatetes por Filaletes, p. 204); en las palabras latinas (Hippócrates con acento, p. 44, *Introductrio*, p. 181, *propiis* por *propriis*, pp. 206, 214, mentragra por *mentagra*, p. 194); en las transcripciones de las palabras griegas (*kata gnomon* por *kata gnomona*, p. 55, *katogorememon* por *katogoroumenon*, p. 86, *emikrania* por *hemikrania*, p. 121, *polypaston* por *polyspaston*, p. 141 y πολύπαστον, p. 141 por πολύσπαστον, p. 244, *Geografica* por *Geographica*, p. 164, *haimobathes* por *haimobaphes*, p. 196, αίμοβαθής, p. 241). En la transcripción de las palabras griegas hay algunas oscilaciones que deben corregirse. El autor opta por reproducir υ por γ, κ por c, χ por ch, pero aparece *meniskos*, p. 50, *kyrion*, p. 86, *synektikon*, *prokarktikon*, p. 166, *skopos*, p. 210, *hypopyrron* por *hypopyrrhon*, p. 79. Para ρ- no se transcribe la aspiración (v. gr. *rema*, pp. 86, 87, 168), pero se encuentra *gonorrhoea*, *prorrhethico*, p. 198. Asimismo, hay algunas oscilaciones en la castellanización de los nombres griegos (Rodas, pp. 112, 166, 170, pero Rodos, p. 132, Erotiano, p. 219, pero Harpocración, p. 227) y acentuaciones erróneas (Heráclides, p. 97 pero bien escrito Heraclides, p. 157, Arquídamo por Arquidamo, p. 123, Ábdera por Abdera, p. 162, Estratónico por Estratonico, p. 205).

Hubiera sido preferible reservar la Selección de textos para la cita *in extenso* y en mayor número de los de los autores antiguos y citar los modernos con menos amplitud en el cuerpo del texto. Aun así, son muy valiosos los *excerpta* que se reúnen de Lloyd, Long, Laín Entralgo y Farrington. El llamado por el autor Índice nominal, que yo hubiera preferido denominar onomástico o prosopográfico, y el Glosario pueden ampliarse. El Índice de palabras griegas debiera llevar la correspondiente versión castellana para gobierno del lector y completarse. La lista de términos cuya ausencia me ha llamado la atención la doy a continuación, no por orden alfabético, sino en por el de las páginas donde aparecen en transcripción, en su propio alfabeto, en su castellanización o en su versión latina: *pentalfa* (p.48), *ofelein e me blaptein* (64), hipótesis (66), eno-remata (70), *arrena, thelea, skeue* (p.83), *Octaeteris* (pp. 95,165), *Porismata* (134), *sphairopoiia* (143), *cyllindro* (147), *Anaphoricus* (153), *phainomena* (160), *eisagoge* (160), *ecumene* (162, οἰκουμένη, 184), *silphium* (168), *Belopoica* (183), *Geometrica* (183), *Stereometrica* (183), *Synagoge* (184), *Chorographia* (184), *Analemma* (190), *Tetrabiblos* (191), *στοιχείωσις* (230)

Las tablas cronológicas (Cronologías) deben rehacerse porque en ellas vemos aparecer *pêle-mêle* en la columna relativa al arte cosas tan peregrinas como Tales de Mileto, Euclides, o las muertes de Sócrates, Platón y Aristóteles. La Bibliografía se limita a lo fundamental en una obra de este tipo y presta una especial atención a las obras escritas en o traducidas al español.

La insólita amplitud de esta recensión, aparte de dejar constancia del profundo interés con el que he leído la obra del Profesor Rodríguez Alfageme y lo mucho que con ella he aprendido, quiere mostrar de un modo palpable la originalidad de su enfoque y la riqueza de su contenido, que abarca el panorama entero a lo largo de un milenio del pensamiento científico griego, desde las matemáticas a las ciencias de la naturaleza, de la salud y del lenguaje. Para acometer tamaña empresa se necesitaba tener una curiosidad universal, una inteligencia perspicaz y una capacidad de síntesis poco común. Escrita en una prosa tersa y clara, lo que es indicio de la claridad de ideas de su autor, su lectura puede ser de igual provecho para los historiadores de la literatura, de la medicina y de la ciencia griega. A lo largo de sus páginas me he ido percatando de que esta *Literatura científica griega* puede convertirse en un *Standard book* sobre la materia, si se mejoraran los puntos que he señalado arriba y se vertiera a una lengua de universal difusión como el inglés. Para mi ha sido una satisfacción intelectual de primer orden sentirme discípulo de un antiguo discípulo mío y con la autoridad que dan el afecto y los años le animo al autor a tomarse la molestia de revisar su trabajo con vistas a esa versión que estimo inminente. Τήνελλα καλλίνικος y también *macte uirtute esto*.